

vamente que los hombres crean en lo sobrenatural y en los misterios! En nuestros dias ha tenido lugar esta prueba en el seno de la Iglesia católica. Se ha forjado un nuevo misterio; y ¿qué se ha ganado con esto? Si la inmaculada concepcion ha hecho más espesas las tinieblas de la supersticion en las clases en que reinan la ignorancia y la estupidez, ha alejado del cristianismo á muchos hombres que seguian en él por su educacion y por sus relaciones. ¡Sirva esta leccion á la Iglesia! Y si la Iglesia persiste en ser ciega, ¡aprovechen la enseñanza los hombres que están convencidos de que la humanidad no puede vivir sin religion! La cuestion que se debate entre los incrédulos y los ortodoxos consiste en saber si ha de haber todavía una religion, ó si hemos de decir con los materialistas que la religion es un largo extravío del espíritu humano. Esta pregunta nos hace volver nuevamente á los deistas. Nuestra respuesta es que el deismo es el único medio de salvar la religion.

¿Dónde hay hoy más fe, en los países católicos ó en los países protestantes? La fe se ha conservado entre los reformados y en todas las clases de la sociedad: ¿habrá que preguntar la razon? Pues es porque la fe se ha trasformado. ¿Y cómo, por quién, bajo qué influencia se ha operado la trasformacion? Por el lento trabajo de la razon, es decir, por el movimiento que se llama deismo; si todavía hay cristianos, es porque, como queria Locke, el cristianismo se ha hecho *racional*. Ya no hay deistas, se dice. Nosotros respondemos que hay más que nunca, pero se llaman reformados; todas las sectas protestantes llevan esta direccion. En los países católicos el destino de la religion es muy diferente. Allí se cree que no hay más que un medio de tener religion, que consiste en creer lo que es increíble y en practicar mil y más supersticiones que encadenan la razon humana á los piés de un sacerdocio ambicioso. Todo hombre que quiere conservar la independenciam de su razon, deja de ser católico. Todos los que se resisten á someterse á la degradante dominacion del sacerdote, dejan de ser católicos. Y al dejar de ser católicos, ¿en qué se convierten? La mayor parte pasan del exceso de la credulidad al exceso de la impiedad. No hay más que un medio de salvacion para ellos, y es el deismo, la religion natural. Bendigamos, pues, á los deistas: aque-

llos á quienes se acuse de ser los enemigos de la religion, son sus salvadores.

§ III.—Los filósofos franceses y la religion.

N.º 1. — *El deismo inglés y la filosofía francesa.*

I.

¿De dónde procede la filosofía del siglo XVIII? A esta pregunta los adversarios de los filósofos responden: «Nuestros incrédulos franceses, y entre ellos los primeros de este siglo, no son más que copistas, plagiarios de los Ingleses» (1). Llegan hasta fijar la época de esta importacion, como si se tratase de alguna mercancía de contrabando que los Ingleses hubieran introducido en Francia: «Esto tuvo lugar, dicen, bajo el regente. Mientras vivió Luis XIV, apenas se conocian en Francia los escritos en que los libres pensadores de Inglaterra atacaban al cristianismo en nombre de la razon. Despues de su muerte la licencia del espíritu corrió parejas con la licencia de las costumbres: las obras de los deistas ingleses inundaron la Francia. No habia maestrillo que no tuviese la pretension de ser un *espíritu fuerte*. Los Franceses son por su naturaleza *frondistas*, dice uno de sus poetas; abrazaron con pasion la incredulidad. Los literatos le dieron el atractivo de la forma: todo el mundo quiso ser filósofo, á la manera de los libres pensadores de Inglaterra. De aquí el veneno de la impiedad que infestó todas las clases de la sociedad» (2).

Los que sienten simpatías hácia el libre pensamiento deben acoger con desconfianza esa especie de acusacion contra la filosofía del siglo XVIII, porque procede del campo enemigo. Los testimonios que acabamos de consignar son los del cardenal Fleury y del abate Bergier; el primero, poco amigo de los filósofos, y el

(1) BERGIER, *Diccionario de Teología*, Introduccion, § 9, y en la palabra *Incrédulos*.

(2) Véanse los extractos de las memorias manuscritas del cardenal FLEURY en SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII.ten Jahrhunderts*, t. I, p. 523.

segundo, su adversario declarado. Hacer pasar á Voltaire por un plagiarlo, y á la filosofía del siglo pasado por una moda, un capricho nacido en tiempo de la regencia, era buena táctica; pero precisamente por esto, dirémos nosotros, sería un acto de complicidad ayudar á propagar esta preocupacion ó esta calumnia de los católicos. Esto es lo que ha hecho un historiador de los *libres penseadores*; segun él, los más grandes escritores del siglo pasado, los que se ha convenido en llamar filósofos, tienen una grandeza prestada y lo deben todo á los deístas ingleses: Voltaire no hizo más que prestar el atractivo de su estilo á las ideas que tomaba de Bolingbroke y de Shaftesbury (1). ¡Cosa singular! Voltaire mismo reconoce frecuentemente esta filiacion, y casi parece envanecerse de ella. Escuchémosle, porque es parte interesada.

Voltaire escribe á Helvetius: «No tenemos costumbre en Francia de llegar los primeros; las verdades nos han venido de otra parte. Pero no es poco el aceptarlas» (2). Escribe á su amigo Thirion: «Hace treinta años que todo lo tomamos de los Ingleses; filosofía, viruelas, arado nuevo, hacienda..... Me parece que os quieren quitar á vosotros, los de París, la libertad de pensar, de que tambien sois deudores á los Ingleses» (3). Principalmente la filosofía, el libre pensamiento, es lo que interesa á Voltaire. Escribe á Marmontel: «Convengo en que la filosofía se ha perfeccionado mucho en este siglo, pero ¿á quién lo debemos? A los Ingleses: ellos nos han enseñado á razonar con libertad» (4). Podríamos multiplicar estas citas, porque Voltaire no se cansa de repetir estas declaraciones; pero lo que importa es determinar su verdadero pensamiento. Se le ha echado en cara su vanidad, pero éste es un defecto de la raza francesa; cuesta poco trabajo perdonar á aquel que, si hacía mal en ser vanidoso, tenía algunos motivos para ser orgulloso. Esto quiere decir que de ninguna manera pensaba en ser un copista. Recordemos que fué uno de los primeros en dar á conocer á Shakspeare á sus compatriotas. Pero cuando el poeta inglés encontró en Francia admiradores que que-

(1) NOACK, *Die Freidenker in der Religion*, t. II, p. 4.

(2) *Carta á Helvetius*, de 26 de Junio de 1765.

(3) *Carta de 5 de Mayo de 1759 á Thirion*.

(4) *Carta de 1.º de Noviembre de 1769*.

rian ponerlo sobre Racine, sobre Corneille, Voltaire, interesado personalmente en sostener la superioridad del teatro frances, calificó de Gilles á su gran émulo y quiso relegarlo á las ferias. ¿No hubiera reclamado Voltaire de la misma manera contra la acusacion de plagio en materia de libre pensamiento?

Se ha hecho observar con fundamento que Voltaire suele referir á la época de su permanencia en Inglaterra la invasion de las ideas inglesas en Francia (1). Se precia de haber sido el primero que aprendió la lengua inglesa, de haber sido el primero que inició á los Franceses en la literatura de Inglaterra, y sobre todo, de haber sido el primero que se atrevió á hacer justicia á la profunda sabiduría de Locke (2). Hay que oírle á él mismo: «Hay países en que la supersticion, tan cobarde como bárbara, embrutece á la especie humana; hay otros en los cuales el espíritu humano disfruta de todos sus derechos. Entre estos dos extremos, el uno celestial y el otro infernal, hay un pueblo medio en el cual la filosofía unas veces es acogida y otras se ve proscrita; en el cual Rabelais ha sido impreso con privilegio, pero que ha dejado morir de hambre al gran Arnolfo en una aldea extranjera; un pueblo que ha vivido en espesas tinieblas desde los tiempos de sus druidas hasta aquellos en que desde la cabeza de Descartes cayeron sobre él algunos rayos de luz. Más tarde ha recibido la luz de Inglaterra. Pero ¿podrá creerse que Locke apenas era conocido por este pueblo hace treinta años? ¿podrá creerse que, cuando se les dió á conocer la sabiduría de aquel grande hombre, los ignorantes en posicion oficial oprinieron violentamente al primero que trajo aquellas verdades de la isla de los filósofos al país de las frivolidades?» (3).

De suerte que la Inglaterra es la isla de los filósofos, la Francia el país de las frivolidades, y Voltaire el primero que comunicó á aquel pueblo ligero las verdades descubiertas por el libre pensamiento. Parece que Voltaire humilla á la raza francesa ante sus eternos rivales. ¿Será efectivamente este todo su pensamiento? No:

(1) TABARAUD, *Historia del filosofismo inglés*, t. II, p. 318.

(2) *Carta á la Academia francesa (Misceláneas literarias)*.

(3) *Breve comentario sobre el elogio del delfín de Francia*, por THOMAS (*Misceláneas literarias*, Obras, t. XLII, p. 399).

si celebra la sabiduría inglesa, es para buscar en ella un apoyo y una autoridad; si reprende la ligereza francesa, es para despertar y estimular la excitable vanidad de sus compatriotas. La filosofía era mal recibida en Francia; se le acusaba de minar los cimientos del altar y del trono. Quejaos de los verdaderos culpables, dice Voltaire. «La fatal filosofía de los Ingleses es lo que ha dado origen al mal. Estas gentes, so pretexto de que son los mejores matemáticos y los mejores físicos de Europa, han abusado de su talento, hasta el punto de querer examinar los misterios. Este contagio se ha extendido por todas partes» (1). Voltaire escribe esto á Helvetius; quiere estimularle en el buen camino que ha emprendido, quiere excitarle á proseguir adelante. Con la misma intención escribe á la Chalotais, el procurador general que tan ruda guerra hizo á los jesuitas: «Confieso que me asalta la envidia cuando considero la Inglaterra. Los Ingleses han sido durante mucho tiempo más imbéciles que nosotros, es verdad; pero ved cómo se han corregido. Ya no tienen frailes ni conventos, pero tienen flotas victoriosas; su clero hace buenos libros é hijos; sus labradores han hecho fértiles tierras que no lo eran; su comercio abarca todo el mundo, y sus filósofos han enseñado verdades que nosotros no sospechábamos siquiera» (2). Si Voltaire tiene envidia de los Ingleses, espera sin embargo que, gracias á sus esfuerzos, los Franceses rivalizarán con ellos: «Por más que se haga, sucederá en Francia entre los hombres de bien lo que ha sucedido en Inglaterra: hemos tomado de los Ingleses las anualidades, los fondos de amortizacion, la construccion y maniobra de los buques, la atraccion, el cálculo diferencial, la inoculacion: vamos tomando insensiblemente su noble libertad de pensar y su profundo desprecio hácia las tonterías de la escuela. ¡Los jóvenes se van formando! (3). Con el tiempo los Welches se convertirán en Ingleses. ¡Dios lo permita!» (4).

Las preocupaciones seculares no desaparecian tan deprisa como

(1) *Carta á Helvetius*, de 25 de Agosto de 1763 (*Obras*, t. LII, p. 180).

(2) *Carta á la Chalotais*, de 3 de Noviembre de 1762 (*Obras*, t. LI, p. 526).

(3) *Carta á Helvetius*, de 15 de Setiembre de 1763 (*Obras*, t. LII, p. 186).

(4) *Carta de 12 de Abril de 1744 á la Marquesa du Deffand* (*Obras*, t. LII, p. 339).

deseaba la impaciencia de Voltaire. Faltaba á la Francia la libertad política. Esta era la verdadera causa de su inferioridad; Voltaire lo conocia, y en sus momentos de desaliento exclamaba: «¡Cuán pequeños y miserables somos comparados con los Griegos, con los Romanos y con los Ingleses!» (1). «Los Ingleses son hombres y los Franceses niños. Helvetius, que en su libro del Espíritu no ha dicho la vigésima parte de las cosas útiles y atrevidas que hay que agradecer á Hume y á otros veinte Ingleses, ha sido perseguido en el país de los Welches y su libro ha sido quemado» (2). Voltaire quiere que los Franceses lleguen á ser libres como los Ingleses; interesa su honor, excita su amor propio, su vanidad, su interés, haciéndoles ver que los Ingleses han llegado á ser poderosos desde que son libres: «El comercio de los pensamientos está interrumpido en Francia; no es permitido enviar ideas de Lyon á París. Se embargan las manufacturas del espíritu humano lo mismo que los géneros de contrabando. Es chistosa política la que se empeña en que los hombres sean necios y en que la gloria de la Francia consista simplemente en la ópera cómica. ¿Son ménos felices los Ingleses, ménos ricos, ménos victoriosos, por haber cultivado la filosofía? Son tan atrevidos escribiendo como combatiendo, y el éxito ha coronado sus esfuerzos. Nosotros bailamos mejor que ellos, es verdad; éste es un gran mérito, pero no basta. Locke y Newton valen tanto como Dupré y Lulli» (3).

II.

¿Qué hay de verdad en la opinion que hace derivar la filosofía francesa de los deistas ingleses? No nos tomaremos el trabajo de responder á los enemigos del siglo XVIII. ¡Un plagio aquel inmenso movimiento! Y aun cuando así fuera, ¿qué probaria esto? Tambien los ortodoxos acusan á Lutero de ser un plagiario; no advierten que, al querer rebajar á sus enemigos, enaltecen su

(1) *Carta á Marmontel*, de 22 de Abril de 1764 (*Obras*, t. LII, p. 331).

(2) *Carta de 20 de Junio de 1764 á la Marquesa du Deffand* (*Obras*, t. LII, p. 397).

(3) *Carta de 13 de Enero de 1765 á Elle de Beaumont* (*Obras*, t. LIII, p. 8).

causa. Si Lutero, si Voltaire no tuviesen ningun precursor, serian los únicos que se rebelaban contra la tradicion, contra los sentimientos universales de la humanidad, y por grandes que fuesen como personalidades, su aislamiento haria dudar de su mision. Pero si el reformador y el filósofo tienen á su vez una tradicion, dejan de ser insurrectos, para convertirse en órganos del género humano. Sí, es muy cierto que Voltaire no es el primero que ha hecho la guerra á la Iglesia: falta saber si el libre pensamiento procede de Inglaterra. Esto es preguntar si no ha habido en Francia libres pensadores ántes de los deistas ingleses, si, como se pretende, la filosofía ha sido importada á Francia de repente bajo el desacreditado gobierno del Regente.

¿Acaso los defensores de la Iglesia no conocen á ciertos personajes que se llaman Rabelais, Montaigne, Charron, Bodin? (1). Párecenos que éstos son verdaderos libres pensadores. ¿Respetaba algo el cura de Meudon? El autor de los *Ensayos* respeta mucho la religion, segun dice: no hay que fiarse de su declaracion; el veneno de la duda que vierte es tanto más peligroso cuanto más oculto, y cuanto más atractivo le presta Montaigne. El libro de Charron, su discípulo, llegó á ser el Evangelio de la gente á la moda, y aquel Evangelio no es el de Cristo, ó al ménos el del cristianismo histórico; es el de la moral separada del dogma, es decir, de la religion natural. Bodin es más franco, más agresivo; examina todas las religiones y las hace combatir entre sí; ataca la revelacion, ataca la divinidad de Jesucristo, ataca los misterios, ataca la eternidad de las penas, y ¿quién sale vencedor de la lucha? la moral, la religion de la naturaleza. Tales eran las ideas que reinaban en el siglo XVI en las clases ilustradas. Por aquella época viajó por Francia un lord de Inglaterra, el primer escritor inglés que ha formulado los principios de la religion natural. ¿En quién se inspiró Herbert? No buscó seguramente en Inglaterra las máximas de su religion: estaba literalmente aislado entre los Ingleses, al ménos como escritor. ¿No es probable que el viajero filósofo tomase las creencias que ya entonces dominaban en las clases ilustradas de Francia?

(1) Véase el tomo IX de mis *Estudios*.

Como el deismo y la religion natural aparecen por primera vez despues de la reforma, pudiera creerse que el libre pensamiento tiene sus raíces en la revolucion religiosa del siglo XVI. Esta es una opinion muy generalizada tambien, y que ha sido renovada en nuestros dias. Un jóven escritor que se ha hecho defensor de la filosofía contra la Iglesia, y que es digno de tan bella causa, M. Lanfrey, combate, y con razon, la preocupacion que hace proceder de Inglaterra la libertad de pensar, á la manera que el tabaco y el algodón proceden de América. Segun él, el libre pensamiento es la consecuencia natural, espontánea y necesaria de la reforma (1). Si quiere dar á entender con esto que el protestantismo fué un movimiento de libre pensamiento, incurre tambien en otro error y preocupacion. Lutero protestaria contra un elogio que, á sus ojos, sería una sangrienta censura. Hizo una ruda guerra á la filosofía, ¿y por qué? Porque su tendencia era sobreponer la razon á la fe, porque estimaba más la moral de Aristóteles que el Evangelio. El reformador rebajó la razon y exaltó la fe. Calvino hizo más aún: encendió una hoguera en Ginebra; y ¿cuál era el crimen de Servet? El de todos los filósofos; atacaba la Trinidad, es decir, la divinidad de Jesucristo, y por consiguiente, la revelacion. La reforma, léjos de inaugurar el reinado del libre pensamiento, fué una reaccion contra la incredulidad que imperaba hasta en el Vaticano, y aquella incredulidad era pariente muy próximo de la duda de Montesquieu y de la sabiduría de Charron.

Las guerras provocadas por la reforma y las luchas sangrientas de las confesiones rivales fueron una nueva causa de incredulidad. La indiferencia religiosa nació del disgusto que produjeron las disputas de religion. En Francia aquella reaccion fué tan violenta, que los incrédulos llegaron en cierto modo á formar escuela: se los llamaba *los ateos*. Este ateismo no debe tomarse al pié de la letra: no era más que la negacion del Dios de los cristianos, del Dios-hombre, la negacion de una revelacion milagrosa. Contábanse los ateos por millares. El padre Mersenne, correspondiente de Descartes, pretendia que solamente en París habia cin-

(1) LANFREY, *La Iglesia y los filósofos en el siglo XVIII*, p. 99.

cuénta mil (1). Seguramente una incredulidad, que debe su origen á la reaccion contra las sangrientas disputas de las sectas cristianas, no puede ser atribuida á la reforma, porque era hostil al protestantismo lo mismo que á la Iglesia de Roma. Además, la defección es anterior á la reforma; tiene sus raíces en la Edad Media. Hay que remontarse hasta el romance de la *Rosa* y hasta el romance más antiguo aún de la *Zorra*, para escuchar los primeros acentos de la incredulidad; éstos son los antecesores de Voltaire, son de raza gala y de buen origen, porque son ungidos del Señor, que se divierten poniendo en ridículo todos los misterios del catolicismo y que predicán la ley natural.

En otro lugar hemos dilucidado este hecho importante (2). En pleno catolicismo estalló, pues, el primer movimiento del libre pensamiento; y, cosa notable, los países católicos han seguido siendo la residencia preferida de los libres pensadores. El renacimiento es italiano, y sabido es que se le acusa de paganismo. El pretendido regreso á la religion de Homero es en realidad un regreso á la religion de los filósofos, llamada deísmo, religion natural ó filosofía. En el siglo xvi los atrevidos pensadores que hemos citado salen todos de la Iglesia ortodoxa y muchos pertenecen al clero: Rabelais era cura; Charron era ministro de la Iglesia. ¿Cuál es la tierra que alimenta los libres pensadores más decididos? La tierra del papa. La Italia cuenta mártires ilustres entre los filósofos: Giordano Bruno, Vanini. Nada más natural. El catolicismo inclina necesaria y fatalmente á la incredulidad á todos aquellos que no quieren creer los dogmas cristianos porque son absurdos. Una religion que se complace en oponerse á la razon, debe provocar la rebelión de la razon. El protestantismo, por el contrario, tal como se ha desarrollado bajo la influencia de los sentimientos y de las ideas de la humanidad moderna, satisface á la vez á la razon y á la necesidad de creer; por consiguiente, la razon no tiene ya motivo para rebelarse contra la fe.

¿Quiere decir esto que el deísmo inglés no haya tenido ninguna influencia sobre la filosofía francesa? Esto sería negar lo que el

(1) Véase el tomo IX de mis *Estudios*.

(2) Véase mi *Estudio sobre la Reforma*.

mismo Voltaire manifiesta. Pero importa precisar esta influencia y encerrarla en sus verdaderos límites. Los más sinceros y apasionados admiradores de Voltaire se han formado falsa idea de él. Escuchemos á Condorcet. Voltaire pasó varios años en Inglaterra: «Newton no existía ya, pero su espíritu reinaba sobre sus compatriotas, á quienes habia enseñado á no reconocer como guías en el estudio de la naturaleza más que la experiencia y el cálculo. Locke, cuya muerte estaba todavía reciente, habia dado por primera vez una teoría del alma humana fundada en la experiencia, y enseñado el camino que se debe seguir en metafísica para no extraviarse. La filosofía de Shaftesbury, comentada por Bolingbroke, embellecida por los versos de Pope, habia hecho nacer en Inglaterra un deísmo que anunciaba una moral fundada en motivos propios para conmover á las almas elevadas, sin ofender á la razon.» El contraste entre la Inglaterra y la Francia, prosigue Condorcet, «debía excitar el entusiasmo de un hombre que, como Voltaire, habia sacudido desde su infancia todas las preocupaciones. El ejemplo de la Inglaterra le hacía ver que la verdad no se ha hecho para quedar en secreto entre las manos de algunos filósofos y de un corto número de personas instruidas, ó más bien enseñadas por los filósofos, y que se ríen con ellos de los errores de que es víctima el pueblo, sin dejar por eso de defenderlos cuando su estado ó su posicion les hace encontrar en ello algun interes, y dispuestos á dejar proscibir ó aún perseguir á sus preceptores, si se atreven á decir lo que ellos mismos piensan en secreto» (1).

Los pensamientos que Condorcet atribuye á Voltaire corresponden al discípulo más bien que al maestro. Voltaire, por su soberbio desden hacia la canalla, era de la familia de aquellos libres pensadores, cuya sátira hace Condorcet; es positivo que era aristócrata por naturaleza y que la Inglaterra no le inspiró aficiones democráticas. Pero es incontestable que le hizo efecto el espectáculo de la libertad inglesa. Él mismo nos lo dice (2): «La Inglaterra es un país en el cual se piensa libremente, sin verse contenido por ningun temor servil. Si yo siguiera mi inclinacion, me

(1) CONDORCET, *Vida de Voltaire (Obras de Voltaire, t. LXIV, p. 18)*.

(2) VOLTAIRE, *Carta de 12 de Agosto de 1726*.